

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

In Principio Erat Verbum. La escritura y la palabra en el proceso de producción del sermón hispanoamericano.

Moya, Silvano G. Benito (UNC / CONICET).

Cita:

Moya, Silvano G. Benito (UNC / CONICET). (2007). *In Principio Erat Verbum. La escritura y la palabra en el proceso de producción del sermón hispanoamericano. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/410>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Título: *In principio erat Verbum*. La escritura y la palabra en el proceso de producción del sermón hispanoamericano.

Mesa Temática Abierta N° 48 C: *La oratoria sagrada en América (siglos XVI al XIX)*

Universidad, Facultad y Dependencia: Universidad Católica de Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades, Centro de Estudios Avanzados UNC - CONICET.

Autor: Silvano G. A. Benito Moya

Dirección: Santa Rosa 685 – 2º - “10” – (5003) Córdoba.

Teléfono: (0351) 423-8746

Correo electrónico: scribalatino_ar@yahoo.com.ar

IN PRINCIPIO ERAT VERBUM. LA ESCRITURA Y LA PALABRA EN EL PROCESO DE PRODUCCIÓN DEL SERMÓN HISPANOAMERICANO.

Silvano G. A. Benito Moya

Las primeras palabras con las que comienza el Evangelio de San Juan nos han parecido muy a propósito para iniciar esta comunicación: “Al principio era el Verbo, y frente a Dios era el Verbo, y el Verbo era Dios”¹.

San Juan Evangelista continúa su relato jugando comparativamente con el ser y la nada, la luz y las tinieblas hasta detenerse en la figura de Juan “el Bautista”, quien “no era él la luz, pero venía como testigo de la luz”².

El verbo y la luz serán los *topoi* siguientes en los prolegómenos del primer capítulo de su Evangelio y la idea del “testigo”, adjudicado a Juan Bautista, de esa luz y esa palabra.

Uno de los predicadores, de las fuentes que hemos analizado en Córdoba, comenzó el exordio de su sermón acerca de la penitencia resaltando la figura de Juan Bautista, “quando Dios le mandó que predicasse [...] en el desierto, entre las arenas y peñascos, lejos del trato y comercio de los hombres: desde allí resonó aquella voz austera por todas partes hasta en las ciudades, y cortes”³.

Los Evangelios y este ignoto predicador de los confines imperiales a fines del siglo XVIII reconocen en la figura de Juan Bautista al precursor de Cristo, la “voz austera” de la Palabra.

En la Nueva España en el mismo siglo, otro, estudiado por Mariana Terán Fuentes, tomaba de San Agustín la definición de quien fue el Bautista, “es voz, porque así como la voz es la imagen que representa la palabra que estaba oculta en el

¹ Jn. I, 1.

² Jn. I, 8.

³ Colección Documental “Mons. Dr. Pablo Cabrera”, Biblioteca Central de la Facultad de Filosofía y Humanidades “Elma Kohlmeyer de Estrabou”, Universidad Nacional de Córdoba, ex-Instituto de Estudios Americanistas (en adelante: IEA), documento n° 11574.

entendimiento, así el precursor fue voz, por lo cual, como por imagen, el Eterno Padre manifestó al mundo el Divino Verbo que estaba oculto”⁴.

Voz y verbo; Juan Bautista y Cristo; oculto en el entendimiento y explícito en la palabra; testigo y luz; podríamos seguir jugando con estas comparaciones para mostrar o arribar a la necesidad de todas para arribar al fin de la composición llamada sermón: comunicar y predicar el Evangelio.

El fin primero o último, según con la óptica que se lo mire, del *corpus* de sermones analizados fue la comunicación de la buena nueva del Evangelio según el enfoque tridentino.

El propósito que perseguimos con esta contribución es estudiar seis sermones referidos al sacramento de la Penitencia y nueve referidos a las ánimas del Purgatorio, de los siglos XVIII y XIX para analizar las características morfológicas de estos testimonios escritos e intentar aproximarnos o dar pistas de su proceso de producción, como así también de las maneras en que fueron utilizados, es decir, su circulación.

La cadena de equivalencias: “voz- palabra- escritura” puede presentarse de otra forma: “escritura- palabra (escrita)- voz”. He aquí la síntesis del proceso de producción de los sermones, según las épocas y lugares.

Creemos que el estudio descriptivo de los aspectos materiales y formales del objeto sermones, como el de los gráficos y de la organización textual visual y externa, nos proporcionan, desde otro ángulo, indicios para entender el acto de oralidad para el que fueron concebidos.

Escritura y oralidad son dos aspectos profundamente unidos, pues la plasmación textual de su escritura se concibió esencial y usualmente para la voz.

El trabajo pone en valor la morfología de estos monumentos escritos: materia, instrumentos escriptorios, escritura y estructura diplomática, en la primera parte. En la segunda, se estudiará el proceso de producción del escrito.

1. Organización material de los sermones

El corpus de quince sermones se compone de sendos fascículos, cosidos individualmente y sin encuadernación. Aunque lo que prima son las características comunes, poseen un número de folios muy disímil que afecta a su estructura.

⁴ Mariana TERÁN FUENTES, *El artificio de la fe. La vida pública de los hombres del poder en el Zacatecas del siglo XVIII*, México, Instituto Zacatecano de la Cultura, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2002, p. 78.

Tabla de la organización material de los fascículos

documento	formato	total de fs.	fs. en blanco	tamaño	medidas
11 543	cuaternión	8	1	in quarto	218 x 158 mm.
11 550	cuaternión	8	ninguno	in folio	269 x 208 mm.
11 574	cuaternión	8	2	in quarto	215 x 155 mm.
11 577	septeni3n	14	1	in quarto	201 x 158 mm.
11 578	cuaternión	8	1	in quarto	206 x 152 mm.
11 702	quini3n	10	1	in quarto	220 x 158 mm.
11 704	cuaternión	8	2	in quarto	218 x 155 mm.
11 706	septeni3n	14	ninguno	in quarto	215 x 155 mm.
11 707	seni3n	12	1	in quarto	219 x 158 mm.
11 709	dodecani3n	24	7	in quarto	215 x 155 mm.
11 720	octoni3n	16	1	in quarto	210 x 160 mm.
11 821	seni3n	12	2	in quarto	215 x 155 mm.
11 822	cuaternión	8	ninguno	in quarto	210 x 150 mm.
11 823	quini3n	10	ninguno	in quarto	210 x 150 mm.
12 079	binión	4	ninguno	in quarto	210 x 150 mm.

En el siguiente cuadro se aprecia la heterogeneidad en los formatos, pues existen un binión, seis cuaterniones, dos quiniones, dos seniones, dos septeniones, un octonión y un dodecanión. Tanta variedad hace pensar en una adecuada racionalización del papel, en función de una concepción previa de la extensión del sermón debido a las ideas que querían plasmarse y a la duración homilética. Esta hipótesis quedaría sustentada aún más, si observamos en el cuadro el escaso número de folios en blanco que ha sobrado tras la finalización de su redacción. El único caso excepcional tanto en el formato –muy poco frecuente- como en el número de páginas en blanco se debe a un fascículo de un sermón de fines del siglo XVIII que, al parecer, el predicador tenía intenciones de utilizarlo para redactar otro que nunca concluyó.

El tamaño *in quarto* de casi la totalidad de los fascículos, tan común en la época para la factura de escritos librarios de tipo académico –*tractatus*- y de fácil circulación se componía de dos plegados del pliego que salía del batán o molino de papel. El único caso de excepción es el documento 11550 de fines del siglo XIX o principios del siglo XX, cuando ya los formatos del papel habían cambiado bastante.

Para el tiempo en que estos sermones fueron redactados, ya no era necesario que el copista plegara por sí mismo el pliego de papel y lo desbarbara o “guillotinara”, pues

se vendían en el mercado en los tamaños *in folio*, *in quarto* e *in octavo*⁵, de allí la variante que se advierte en el cuadro comparativo respecto de las medidas manejadas por cada molino, pero que en general oscilan entre los 201 a 220 mm. de alto por 150 a 160 mm. de largo en los casos estudiados para el tamaño *in quarto*.

La caja para recibir la escritura fue preparada en algunos sermones mediante el trazado con lápiz de líneas verticales que delinearon los márgenes izquierdo y derecho⁶, mientras que otros sólo tuvieron marcado el izquierdo⁷. Llama la atención que uno de los sermones que hemos datado a fines del siglo XIX o principios del XX y que posee un tamaño de papel diferente, la caja de la escritura también obedece a los cánones estéticos del momento, pues hay un profundo margen izquierdo y casi no hay margen derecho, aspecto que no se ve así para los del siglo XVIII y mediados del XIX cuya caja es más cuadrada. Los marginales quedaron reducidos a algunas palabras corregidas u omitidas en el cuerpo del texto, además de la indicación de algunas notas bibliográficas o Escriturarias.

La costura de todos los sermones es con una sola hilada. Según Elisa Ruiz esta técnica está documentada desde el siglo VI AD. De los tres tipos que se conocen, los sermones analizados poseen la número uno⁸. El bramante sigue la ordenada del pliego de arriba hacia abajo, saliendo en cada orificio y haciendo un punto de cadeneta. En algunos la única cubierta ha sido un bifolio de papel *in quarto* colocado posteriormente a la redacción del escrito y al momento del cosido para proteger el contenido interno a modo de tapitas o como “hojas de respeto”.

Ninguno de los quince sermones está paginado, lo que nos lleva a pensar de que fueron cosidos inmediatamente terminada su redacción por lo que no fue necesaria su impaginación, pues sus hojas ya estaban sujetas. No hay que olvidar que es un producto gráfico destinado a ser expuesto oralmente, por eso su estructura material tiene relación con eso, y su proceso de producción también, de allí que se compongan de fascículos de tamaño *in quarto*, por lo general, de fácil ductilidad en el púlpito, apenas cosidos para que sus folios no se pierdan o caigan, a la vez que de fácil hoqueo en el acto mismo del sermón.

⁵ Nelly R. PORRO GIRARDI, “Las tiendas en el Buenos Aires virreinal (I)”, en V Congreso Argentino de Americanistas 2004, t. 1, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Americanistas, 2005, p. 256.

⁶ IEA, documento n° 11 577.

⁷ IEA, documentos n°s. 11 574, 11 578.

⁸ Elisa RUIZ, *Manual de codicología*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1988, p. 216.

2. Los instrumentos escriptorios

Estudiar los instrumentos gráficos que se usaron para trazar las variadas escrituras que ha tenido y tiene la Humanidad, ayuda a datarlas, descifrarlas y comprender su difusión. Un cómodo instrumento, unido a un adecuado soporte y a la sencillez de los signos, aligera los resultados y, como consecuencia, los productos; asimismo la escritura se vuelve una técnica asequible a todos.

En pleno siglo XVIII y XIX, lejos se estaba de que los compositores de sus sermones fabricaran sus propios instrumentos, como había sido costumbre en el siglo XVI y aún del XVII. La industria en torno a la escritura, había crecido considerablemente.

Nelly Porro Girardi que ha estudiado los diversos productos que se vendían en tiendas y pulperías en el Buenos Aires virreinal, dedica un espacio a los materiales escriptorios. No faltaban los lápices, que los había de dos tipos: los ordinarios vendidos en canutos de madera y los ingleses con estuche propio; lapiceras de acero; y tinteros de vidrio, metal y de aspa para faltriquera⁹.

Según señalaba el maestro calígrafo Juan de Iciar (1548) los instrumentos necesarios que debía tener todo escribano eran papel, plumas, compás, escuadra, reglas y tinta¹⁰; los autores anónimos usaron en la confección de sus sermones la pluma de ave, aunque los dos de fines del siglo XIX o principios del XX escribieron con la de metal; también en el proceso de escritura se valieron de la tinta y reglas para delinear la caja de la escritura.

La pluma de ave fue el instrumento por excelencia utilizado en la España cristiana desde el siglo VII al XVIII, salvo en los libros de coro, que por la magnitud de las letras requería del cálamo o caña¹¹. La preferida era la de ganso, más que las de gallina, por tener un cañón ancho, limpio y sólido; así lo recomendaba a sus alumnos el humanista Luis Vives¹².

La tinta es negra y de composición metálica, que era la común y más usada en Córdoba durante el siglo XVIII y XIX.. Nelly Porro Girardi señala que en el siglo XVIII

⁹ Nelly R. PORRO GIRARDI; “Las tiendas... cit., p. 256.

¹⁰ *Recopilacion subtilissima intitulada Ortographia practica, por la cual se enseña a escribir perfectamente, asi por practica como por geometria todas las suertes de letras que más en nuestra España y fuera de ella se usan*, Zaragoza. Hay varias ediciones entre 1548 y 1566.

¹¹ Agustín MILLARES CARLO; José Ignacio MANTECÓN; *Album de Paleografía Hispanoamericana de los siglos XVI y XVII*, t. I: *Introducción*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia, 1955, p. 47.

¹² ELISA RUIZ; *Manual.... cit.*, p. 77.

se vendía en polvo, presentada en paquetes de doce panecillos que había que diluir domésticamente.

3. La escritura en los sermones

La producción gráfica de los sermones se escribe en los modelos imperantes en su época: la *escritura bastada española*, para el siglo XVIII hasta comienzos de la segunda mitad del siglo XIX y la *bastarda inglesa*, sobre todo, desde el tercer cuarto del siglo XIX y gran parte del siglo XX. La primera escritura ha sido el modelo que se apropió la Iglesia española para su vida de relación desde la introducción de la tipología a fines del siglo XV. Es un derivado de la humanística cursiva, caracterizada por su grado de inclinación hacia la derecha en el trazado.

La humanística cursiva, cuyo período de formación está en la primera mitad del siglo XV, evolucionó a finales de éste y comienzos del XVI, hacia formas más fluidas con elementos cancillerescos, debido al trabajo de hábiles amanuenses. La difusión se debió al desarrollo de una manualística de calígrafos italianos, por una parte, y la adopción y enseñanza de los maestros de primeras letras, por la otra. Suele llamarse a la primera evolución de esta escritura: *itálica*, modelo que fue tomado por el impresor Aldo Manuzio, quien lo transfirió al mundo de la tipografía desde 1501¹³.

En 1560, el milanés Giovanni Francesco Cresci, amanuense de la Biblioteca Apostólica Vaticana propuso una nueva versión de la humanística cursiva. Ésta, que ya en su época se la llamó *bastarda*, con un trazado lleno de movimiento, curvilíneo y artificioso, que respondía a la estética barroca, tuvo un éxito enorme en todos los usos de la escritura, en el campo de la administración pública y privada¹⁴.

Así, la introducción de la humanística cursiva en España, se producirá a mediados del siglo XV y, su evolución: la *itálica*, recién en el siglo XVI, en tanto que la *bastarda*, desde el último cuarto de esta centuria hasta finales del siglo XVIII¹⁵.

El patrón gráfico evoluciona hacia este último modelo debido a la difusión que experimenta por la mayor cantidad de usuarios, las innovaciones por el acostumbramiento de su trazado y las nuevas percepciones visuales estilísticas del Barroco.

¹³ Elisa RUIZ; “La escritura humanística y los tipos gráficos derivados”, en Angel RIESCO TERRERO (ed.); *Introducción a la Paleografía y la Diplomática General*, Madrid, Síntesis, 1999, pp. 157-158.

¹⁴ *Ibid.*, 159.

¹⁵ *Ibid.*, 170. En la página 172 la autora señala la utilización de la *bastarda* desde el último tercio del siglo XVI hasta comienzos del siglo XVIII.

La Iglesia española se había apropiado de este modelo desde su aparición, ya que a la sencillez y facilidad en el trazado se unía la funcionalidad como es agilizar la práctica de la lectura, que propicia además una rápida y eficaz comprensión del texto.

El uso de la bastarda inglesa fue alentado por Sarmiento y desde entonces el Estado argentino se propuso una renovada mirada en la evolución del canon gráfico desde la bastarda española de inclinación derecha, rotunda en sus curvas y de perfiles claros y oscuros a la inglesa, de factura más ligera y con variedad de elementos curvos airoso y elegantes, más típica del uso comercial. Desde la década de 1870 la transición se fue dando gradualmente y con varios vaivenes, mediante la capacitación de los maestros de primeras letras por auténticos calígrafos ingleses¹⁶.

Era la escritura usada por la potencia del mundo en el comercio y sus crecientes vinculaciones, donde Argentina estaba inmersa y activa. Era la letra del progreso y su uso debía impulsarse desde los planes estatales para uniformar la instrucción y la administración pública. Pero, además del fin pragmático, Sarmiento justificaba su introducción y uso en la degeneración que había tenido ya la variante española, pues en las cartillas de los alumnos se observaba incorrección y a veces degeneración absoluta. Pensaba que no se aprendía a escribir dos veces y que una mala escritura imposibilitaba el desarrollo material y espiritual futuro, por eso desde el Estado se impulsará el aprendizaje de este canon hasta homogeneizar su uso a fines del siglo XIX y gran parte del siglo XX, mientras el aprendizaje de la caligrafía fue fuerte en los planes de estudio.

El conjunto de los quince sermones estudiados presentan los dos cánones gráficos de la bastarda, trece están escritos en la española y dos en la inglesa. Los únicos tres datados, que coinciden en ser sermones de ánimas, están redactados en bastarda española; los dos en cursiva inglesa, que se refieren a la Penitencia, pueden ser fechados a finales del Diecinueve o las primeras décadas del siglo XX por su aspecto gráfico.

Tanto en uno y otro canon los *ducti* van de los reposados, redondos y caligráficos, realizados con esmero y artificio, a los ligeros, angulosos y desprovistos de todo adorno. En todos los casos el trazado de las letras está ligado, es decir es una escritura cursiva y en ninguno se imita el modelo de la imprenta con el trazado del signo independiente.

¹⁶ José BUSTAMANTE VISMARA; "Escrituras y lecturas a través de la educación elemental. Buenos Aires 1800/1860", en *Anuario 5*, Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti", Córdoba, 2005, pp. 378-379.

La redacción ligera en el *ductus*, advertida en muchos de los sermones, puede ser escasez de tiempo en su factura o la necesidad de poner por escrito rápidamente ideas que se han concebido o se copian de otros sermonarios buscados en ayuda. Esto también lo advierte Mariana Terán Fuentes para el caso de Nueva España¹⁷.

No obstante la presteza en la fijación por escrito de algunos hay ideas concebidas con madurez y un verdadero proceso de redacción previo a su expresión oral; no se infiere, al menos por el estudio de su morfología, un proceso de redacción posterior a su elocución. Aunque Terán Fuentes por momentos parecería jugar con las dos posibilidades de que hayan sido compuestos previo o posterior al acto de oratoria, no deja de señalar que aunque el predicador llevaba por escrito su sermón, lo adaptaba al espacio y circunstancias de la celebración litúrgica y a su auditorio¹⁸.

Diferente es el caso, advertido en la factura de estos sermones, que el predicador u otros han vuelto al sermón escrito en una oportunidad, tantas veces como les fue necesario su repaso o posterior utilización, pues el sermón es un producto gráfico para un mundo oral que no termina de ser fijado nunca.

Los textos en lengua latina, en los casos estudiados, han sido remarcados mediante la ténica del subrayado. Sólo existen escasas excepciones en aquellos cortos o palabras sueltas con los que el emisor debía tener familiaridad. Una posible hipótesis para explicarlo sería la necesidad de visualizar rápidamente el texto en el momento de estudio o de expresión oral, pues la cita debía leerse o debía estar patente a la vista en caso de recurrir rápidamente a ella en el momento del acto discursivo. Ello explica también, que se cuando se opta por colocar la nota bibliográfica se usen los márgenes para no entorpecer la lectura en el cuerpo del texto¹⁹.

3.1 *Las abreviaturas*²⁰

En una clasificación general, las abreviaturas se dividen en tres tipos: por *signos generales*, por *signos especiales* y por *letras superpuestas*. En las primeras el compendio va indicado por un signo, generalmente sobre la palabra, cuya función sólo señala que la misma está abreviada. En las segundas, a diferencia de las primeras, ese

¹⁷ Mariana TERÁN FUENTES, *El artificio...* cit., p. 81.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 45-46.

¹⁹ IEA, documentos n.ºs. 11720 y 12079.

²⁰ Para el análisis de los tipos de abreviaturas usados por los amanuenses, nos valdremos de la clasificación hecha por Antonio C. FLORIANO CUMBREÑO; *Curso General de Paleografía y Paleografía y Diplomática Españolas*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1946. No obstante ser un clásico y haberse superado en muchos aspectos, en este punto es más a propósito para nuestro fin.

signo no se limita a señalar la elisión, sino que sustituye a las letras elididas. Las terceras y últimas, consisten en escribir encima de una letra base otras de menor tamaño que indican la suspensión de las letras intermedias y la terminación de las palabras. En todos los tipos Floriano Cumbreño plantea *formas* y *clases*, con lo primero quiere significar la manera en que el signo fue usado y con lo segundo qué resultados generó, según donde se ubicó en la palabra.

Los sermones analizados poseen los tres tipos de abreviaturas, pero en un orden de frecuencia muy desigual, siendo las de letras superpuestas las más abundantes, en menor medida las por signos generales y escasísimas las por signos especiales; al punto de haber encontrado sólo una, usada para abreviar “etcétera” mediante un único signo con valor absoluto “&” (et) y sus modificaciones: &c. y &a.

Las formas de abreviar por signos generales usadas por la totalidad de los predicadores han sido el punto (a.) y la plica (ā). De las tres clases propuestas por Cumbreño para este tipo de abreviaturas: *suspensión* dividida a su vez en siglas y apócope, *contracción* y *mixtas*, sólo hemos localizado algunas de la segunda clase y un número insignificante de la primera.

Dentro de la tipología *signos generales*, se llama abreviatura por suspensión a las que suprimen elementos finales de una palabra; se consideran el procedimiento abreviativo más antiguo. De las subclases que señala el paleógrafo que seguimos, las llamadas *siglas* son la representación de la suspensión mediante la letra inicial. Tuvieron su origen en las inscripciones romanas lapidarias y, luego, pasaron a los manuscritos, principalmente los jurídicos. Sólo dos son las que aparecen: J.C.: Jesucristo y SS: Señores, la primera con un frecuencia mucho mayor que la segunda.

Llama la atención la ausencia total de abreviaturas por apócope, pues de todas las clases son las más abundantes en cualquier tipo de manuscrito.

La segunda clase de abreviaturas que se indican mediante signos generales, son las por *contracción o síncope*, que aparecen elidiendo letras intermedias, pero conservando por lo menos la primera y la última. Ellas pueden ser: *simples*, *dobles* y *triples*. Pertenecen al primer grupo las que suprimen un grupo de letras contiguas, al segundo las que suprimen dos, separadas por una o más determinantes y, las triples las que eliden tres grupos de letras. Sólo hemos detectado los dos primeros grupos. Veamos los ejemplos encontrados:

simples		dobles	
nros	nuestros o nosotros	Ssa	santísima
vra/s	vuestras	Ssma	santísima
vro/s	vuestro/s o vosotros		
Sor	Señor		
Sn	San		
Sto/s	Santo/s		
tpo	tiempo		
Xnos	cristianos		
qndo	quando		

En la última clasificación que hace Floriano Cumbreño se encuentran las abreviaturas por letras superpuestas, que ya hemos dicho que son las más frecuentes y abundantes en los sermones estudiados. Se usaron en las *notæ iuris*, haciéndose muy abundantes durante los siglos XIII y XV.

Son, en realidad, abreviaturas por contracción, pero la característica es la superposición de la última sílaba. En los casos encontrados en los sermones, tanto del siglo XVIII como del siglo XIX, se observa la elisión de la última o últimas letras de la palabra y son comunes los adverbios terminados en “mente” y palabras terminadas en “or”, “ión” o “ia”. El siguiente cuadro contiene el total de las identificadas, agrupadas según las características sobresalientes.

Letras superpuestas			
antig ^a	antigua	Crist ^s	cristianos
aq ^l	aquel	deformid ^d	deformidad
arrepentim ^{to}	arrepentimiento	desp ^s	después
aunq ^e	aunque	D ^s	Dios
avaric ^a	avaricia	herm ^o	Hermano
miser ^s	miserias	hombr ^s	hombres
vigilanc ^a	vigilancia	M ^a	María
confess ⁿ	confesión	M ^e	Madre
coraz ⁿ	corazón	p ^a	para
desesperac ⁿ	desesperación	Pad ^e	Padre
indagac ⁿ	indagación	P ^e	Padre
profanac ⁿ	profanación	pecad ^s	pecados
confess ^r	confesor	peq ^e	pequé
Libertad ^r	Libertador	p ^o	pero
pecad ^r	pecador	porq ^e	porque
vengad ^r	vengador	sag ^{do}	sagrado
constantem ^{te}	constantemente	p ^r	por
cuidadosam ^{te}	cuidadosamente	q ^{do}	quando
inmediatam ^{te}	inmediatamente	q ^e	que
temerariam ^{te}	temerariamente	q ⁿ	quien

En varios fascículos de sermones este tipo de abreviaturas se emplea para no cortar la palabra al término de la línea rectora de la escritura, así se eliden una, dos o tres letras finales y se coloca la última sílaba superpuesta²¹.

Llama la atención que siendo todos los tipos de abreviaturas profusamente usados en documentos públicos y privados del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX, prácticamente estén ausentes en este grupo de sermones estudiado. Además de la falta total de abreviaturas por apócope, tan abundantes en cualquier documento.

Prácticamente se abrevian preposiciones, adverbios, pronombres personales y palabras de uso muy frecuente en la liturgia o la temática del sermón, lo que nos lleva a pensar en la posibilidad del manejo de este texto en el momento de su comunicación oral desde el púlpito, el atrio del templo o la plaza. Mediante el uso de abreviaturas sumamente corrientes en conectores y términos repetitivos se debía hacer más fácil la lectura mental rápida al momento de olvidarse el inicio de algún párrafo o idea durante el momento de la elocución.

4. *La estructura oratoria del sermón.*

El género concionatorio se compone de piezas oratorias llamadas sermones, pláticas, panegíricos y otros. Son discursos retóricos en todos los casos, cuyos fines esenciales son la persuasión y el arte del bien decir, esto es, instruir, convencer y agradar con la palabra.

La persuasión busca un cambio de actitud por parte del auditorio o un reforzamiento de las opciones ya elegidas, se trata de mover al auditorio al punto que quiere el orador²².

San Agustín en su obra *De doctrina christiana* incorporó el uso de la retórica, como arte del bien decir, al discurso religioso; para él el predicador, a diferencia de San Pablo, no es un sujeto tocado por la gracia, sino el instrumento de Dios, de esta forma debe prepararse en el uso de la *eloquentia*. El hiponense está influenciado por la tradición clásica de la oratoria: Cicerón sobre todo, por ello confluyen en él las dos tradiciones hasta ese momento separadas, la ciceroniana del discurso (*verba*) y la cristiana de la finalidad de ese discurso (*res*).

²¹ IEA, documentos n.ºs. 11574, 11577, 11578, 11720 y otros.

²² Carlos HERREJÓN PEREDO, *Del sermón al discurso cívico. México, 1760-1834*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, El Colegio de México, 2003, p. 9.

A partir de aquí el decir cristiano estará preparado en base a un método para que llegase al fin esperado: mover y conmover a la multitud hacia la conversión²³.

Para San Agustín los recursos del predicador son varios: visuales, olfativos, pero el principal es la palabra y, para que ésta sea eficaz el discurso debe estar ordenado y volverse verosímil: *eloquentia*, debe hacer más énfasis en la persuasión que en la enseñanza y buscar un equilibrio entre la sabiduría y la elocuencia. En este sentido se distancia de Cicerón, pues el orador debe hablar de forma más sabia que elocuente²⁴.

Fray Luis de Granada, un predicador muy citado y usado en el siglo XVI y XVII dirá que el ministerio del predicador debía ser semejante no sólo a Cicerón, sino también a Cristo, con lo que retomaba la tradición agustiniana²⁵.

Todos los sermones estudiados poseen una estructura diplomática similar, bastante simple: *thema, exordium, prima pars, secunda pars, conclusio*.

Luego de la invocación monogramática o de la verbal²⁶; el sermón abre con un epígrafe llamado *tema*, que en todos los casos estudiados, es una cita bíblica en lengua latina, seguida inmediatamente de su traducción al vulgar, pero también podía ser alguna rúbrica litúrgica. El tema, justamente delinea el *asunto* del que tratará la prédica, que se irá analizando a lo largo del mismo. El exordio, según el precepto de la antigua retórica, tiene por fin predisponer y preparar benévolamente el ánimo del auditorio – *benevolentiae captatio*-, no era solamente la invitación a la grey a profundizar el tema, sino la manera de captar su atención y mantenerla. La forma y el contenido de los exordios es variadísima, porque la *captatio* era un verdadero trabajo intelectual que exigía buenas dotes oratorias. Aquí es donde se anuncia la partición del sermón para que el auditorio sepa lo que va a esperar del discurso. El final del mismo se expresa cuando el predicador invita a su audiencia a pedir para él la intervención del Espíritu Santo a través de la intercesión de la Virgen con el rezo del *Ave María*.

La argumentación, que sigue al exordio, se basa en esquemas duales. Mariana Terán Fuentes dice que “la oratoria novohispana barroca hizo eco de este tipo de argumentación, donde las diferencias y contrastes entre polos otorgaban el sentido a la narración”²⁷. Todos los casos estudiados poseen esa estructura bicefálica y un solo caso

²³ James MURPHY, *La retórica en la Edad Media. Historia de la teoría retórica desde San Agustín hasta el Renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 73-74.

²⁴ Mariana TERÁN FUENTES, *El artificio... cit.*, p. 60.

²⁵ *Ibid.*, p. 63.

²⁶ La mayoría da inicio con una invocación monogramática o simbólica, sólo un caso posee una invocación verbal en lengua latina: *In Dei nomine*. IEA, Documento n° 11709.

²⁷ Mariana TERÁN FUENTES, *El artificio... cit.*, p. 74.

tiene una estructura tripartita, que no es excepcional, pues muchísimos sermones de época la poseían.

En los sermones sobre la penitencia, como se trataba de volver a quien había pecado al estado de la gracia, mediante la invitación a recibir ese sacramento, la primera parte es amonestativa, pues señalan los vicios, los pecados y las condenas de aquellos que perseveran en ellos y, la segunda, exhortativa, ya que señala los beneficios de una confesión bien hecha animando al auditorio a practicarla.

La conclusión en todos los casos estudiados siempre apela a la ayuda de la trascendencia para encauzar las conductas o para que las almas se salven. En la conclusión siempre hay un ruego o petición a la Divinidad para que lo expresado o buscado en el ejercicio oratorio del sermón llegue y transforme al auditorio.

5. *El taller del sermón.*

En los últimos tiempos una profusa literatura ha hecho eclosión y se ha ocupado de este campo. La antecámara del púlpito ha despertado su estudio desde las más diversas ópticas, nuestro cometido aquí es repasar su factura material a la luz de los casos estudiados.

El concionador de los siglos XVIII y XIX no estaba sólo al momento de redactar su sermón. Desde hacía más de dos siglos la imprenta lo había ayudado en la formación de su biblioteca personal y engrosado las institucionales –catedralicias, conventuales, universitarias-. Contaba con la asistencia proporcionada por manuales de retórica cristiana con abundantes ejemplos y colecciones de sermones para las fiestas de tabla del año litúrgico.

La composición de un sermón tenía que ver primero con el espacio físico, el *dónde* el predicador pensaba y escribía su texto, el momento que la retórica clásica denominaba la *inventio*. El lugar de esa composición en los siglos que estudiamos es el *studium* del predicador, muchas veces en su mismo aposento o celda en el caso de un regular, o en raras ocasiones la biblioteca conventual o del seminario. Se trata de una experiencia personal del lector con la tradición escrita de la retórica cristiana occidental, a través de sus comentarios y discusiones con otros predicadores. Se trata de una experiencia donde primaba el silencio, en sus lecturas, en sus cavilaciones, previo al momento de la oralidad.

El momento de la *inventio* era aquél en que el concionador elegía el tema de acuerdo al año litúrgico y comenzaba a organizarlo y argumentarlo. Acordamos con

Francis Cerdan que a decir verdad, los predicadores “inventaban” muy poco, por eso para él el momento de la *inventio* es sencillamente “la búsqueda de los temas, motivos y argumentos para componer el sermón, muchas veces a partir de libros y obras existentes en la biblioteca del predicador”²⁸. Los manuales retóricos eran una ayuda indispensable, pues no sólo indicaban cómo componerlo, qué recursos retóricos usar y en qué momentos, cómo prepararse para escribirlo y para pronunciarlo, cómo debía ser la actitud del predicador en el púlpito; sino que ofrecían ejemplos, florilegios, analogías, milagros, etc. a los cuales recurrir.

También estaban las *concordancias* bíblicas, especie de índices lexicográficos y temáticos que recogían los lugares de las Sagradas Escrituras donde aparecía la misma palabra o concepto al modo de analogías y servían al predicador para el ornato con referencias cultas; o los *excerpta*, extractos copiados a lo largo de la vida y de las lecturas de un autor y clasificados temáticamente para ser usados, mediante la cita de la fuente, en el momento preciso; muchas veces se publicaban y llegaban al *modus scribendi* de los demás predicadores. Tampoco se puede olvidar en el recorrido por la antecámara del sermón a la memoria del predicador sacro, producida por la familiaridad renovada con la liturgia y los oficios de la Iglesia: oraciones, himnos, cánticos, etc.²⁹

Los sermones analizados se nutrieron de los manuales de retórica como de los sermonarios impresos que circulaban en el Río de la Plata, tanto en los *temas* bíblicos propuestos, en los milagros reseñados y en los ejemplos citados. Algunos hasta llegaron a citar la fuente sermonística de la cual emanaba ese pensamiento³⁰, otros recurrieron a las citas de los grandes Doctores de la Iglesia, tenidos por clave en la predicación. Además de los Evangelistas, abundaron los recursos a San Agustín, San Ambrosio, Santo Tomás de Aquino, San Bernardo y San Buenaventura, muchos de los cuales adornaban los púlpitos tallados y policromados en la madera o simplemente pintados y que debieron incluso ser señalados al momento de nombrarlos durante la emisión del sermón.

En los estudiados para este trabajo se advierten correcciones en el *modus scribendi* del autor, en el mismo cuerpo de la escritura o en los márgenes. Las mismas consisten en palabras olvidadas o giros lingüísticos reemplazados por otros, de mano del

²⁸ Francis CERDAN, “Actualidad de los estudios sobre oratoria sagrada del Siglo de Oro (1985-2002). Balance y perspectivas”, en *Criticón*, n°s. 84-85, 2002, p. 24.

²⁹ Jean CROIZAT- VIALLET, “Cómo se escribían los sermones en el Siglo de Oro. Apuntamientos en algunas homilias de la Circuncisión de Nuestro Señor”, en *Criticón*, n°s. 84-85, 2002, pp. 103- 105.

³⁰ IEA, documento n° 11720.

propio autor o manos ajenas. ¿En qué momentos se realizaron estas correcciones? creemos que han existido por lo menos tres, uno la *actio* misma del documento cuando una idea fue más adecuada que otra; otro, posterior a su redacción, en el momento de estudio del sermón, que luego de una segunda lectura se completaron las palabras elididas de las oraciones y se mejoró algunos aspectos en función de su elocución posterior y, un tercer momento, luego de un tiempo en que la fuente estuvo silenciada, cuando se la volvió a requerir para volver al mundo oral, por el autor o por un ladrón de textos, que necesitó apropiarse su contenido y otorgarle su sello personal.

6. Palabras finales

El estudio de las características morfológicas de estos quince monumentos escritos y algunas pistas señaladas sobre su proceso de producción nos permite sintetizar algunos aspectos de la antecámara del púlpito y de los usos posteriores que la fuente ha tenido. Jacques Le Goff, dijo alguna vez, que el documento “es el resultado ante todo de un montaje, consciente o inconsciente, de la historia, de la época, de la sociedad que lo han producido, pero también de las épocas ulteriores durante las cuales ha continuado viviendo, acaso olvidado, durante las cuales ha continuado siendo manipulado, a pesar del silencio”³¹.

Con este pensamiento de uno de los magos de la Historia universal queremos representar el proceso de factura de los sermones estudiados. Todos, por lo menos así lo creemos, fueron escritos para la oralidad del púlpito, no hay en ellos ningún rastro o ningún indicio desde su factura material que nos haga pensar en una composición para darse a la imprenta como sí hubo casos en Córdoba en el siglo XIX³². Esa escritura fue revisada sucesivamente tanto en el proceso de relectura de estudio del sermón, como en posteriores usos que se le dio para otras fiestas por el autor o por otros que se apropiaron de su contenido y lo hicieron suyo.

La factura material de los fascículos hace pensar en un texto con todas las características para su fácil ductilidad y circulación. Su tamaño *in quarto*, la racionalización del uso del papel, el cosido de sus folios y la ausencia de páginas se

³¹ Jacques LE GOFF, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991, p. 238.

³² Jorge TROISI MELEAN, “Regulares, reforma y revolución: dos franciscanos rioplatenses sobreviviendo al siglo XIX (1800-1830)”, en *I Jornadas Nacionales de Historia Social*, La Falda (Córdoba) 30, 31 y 1º de junio de 2007. Mesa 4: Iglesia y religiosidad.

realizaron previo al acto oral y todo hace pensar que el predicador llevaba consigo el texto al momento de su elocución.

Otras características como las citas latinas subrayadas para remarcarlas sugiere la necesidad del sacerdote de visualizarlas rápidamente en el momento de estudio o en la emisión del discurso ante un posible olvido. Igual suerte corresponde a las abreviaturas, cuanto menos abreviaturas tiene un texto menos dificultades en su lectura o de encontrar el párrafo buscado.

El autor en su *studium* organizaba todos sus materiales para la acción de la escritura: el papel organizado como fascículo, el tintero, la pluma, las reglas, los lápices y las agujas con su bramante. Previamente ya tenía una idea de la extensión que llevaría su texto en función del tiempo de la liturgia que destinaría a su sermón. Escribía nutriéndose de su biblioteca personal. Acabado el mismo lo releía corrigiendo su texto y procedía a su estudio. Antes del momento de la elocuencia cosía los folios para armar el fascículo para que le fuera dúctil y de provecho en el momento de estar en el púlpito.

El proceso de la palabra era complejo, pues llevaba escritura y voz. San Agustín decía que la voz era la que hacía patente la palabra que estaba oculta en el entendimiento. Los predicadores que estudiamos sabían esto y le agregaron a ese proceso la palabra escrita que para descubrir la del entendimiento no hacía falta la voz, sólo el silencio.